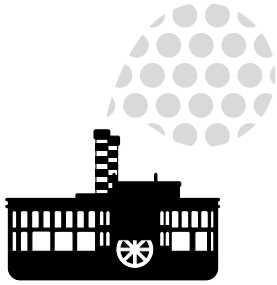
EL BARCO DE VAPOR

Millones

Frank Cottrell Boyce

Ilustraciones de **Álvaro Ortiz**

sm



EL BARCO
DE VAPOR

Millones

Frank Cottrell Boyce

Ilustraciones de Álvaro Ortiz

LITERATURA**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Millions*
Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

© del texto: Frank Cottrell Boyce, 2004
© de las ilustraciones: Álvaro Ortiz, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8607-7
Depósito legal: M-24469-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Joe, Aidan, Chiara, Gabriella,
Benedict, Heloise y Xavier,
mi oro, mi incienso y mi mirra.

1

Si fuera nuestro Anthony quien contara esta historia, empezaría por el dinero. Todo es siempre cuestión de dinero, según dice, así que sería preferible comenzar por ahí. Probablemente escribiría: «Había una vez 229.370 libras esterlinas», y continuaría hasta llegar a: «Y vivieron todas felices para siempre en una cuenta bancaria de alto interés». Pero no es él quien cuenta esta historia, sino yo. A mí, personalmente, me gusta empezar con el santo patrono de lo que sea que se trate. Por ejemplo, cuando tuvimos que escribir sobre una mudanza para la clase de redacción, puse:

LA MUDANZA

Damian Cunningham, quinto curso

Acabamos de mudarnos al número 7 de Cromarty Close. La patrona de las mudanzas es santa Ana (siglo I). Es la madre de Nuestra Señora. Nuestra Señora no murió, sino que subió flotando al cielo cuando todavía era bastante joven. Santa Ana se llevó un buen disgusto. Para animarla un poco, cuatro ángeles levantaron su casa y la

transportaron por los aires a un lugar de la costa de Italia, donde aún puede verse hoy día. Puedes rezarle a santa Ana para pedirle ayuda con una mudanza. Te ofrecerá su protección, aunque no realizará el traslado. También es la patrona de los mineros, la equitación, los ebanistas y la ciudad de Norwich. En vida hizo muchos milagros.

El patrono de esta historia es san Francisco de Asís (1181-1226), porque puede decirse que todo empezó con un robo, y el primer acto santo que él llevó a cabo fue un robo. Le quitó unas telas a su padre para dárselas a los pobres. Hay un patrono de los ladrones propiamente dichos –Dimas (siglo I)–, pero yo no soy un ladrón propiamente dicho. Yo solo trataba de ser bueno.

Era nuestro primer día en la escuela primaria de Great Ditton. El letrero que hay fuera dice: «ESCUELA PRIMARIA DE GREAT DITTON - EN BUSCA DE LA EXCELENCIA PARA UNA NUEVA COMUNIDAD».

–¿Habéis visto eso? –preguntó mi padre al dejarnos en la entrada–. Aquí con lo bueno no les basta. La excelencia, eso es lo que buscan. Mis instrucciones para hoy son: «Sed excelentes». Las instrucciones para la cena las dejaré en la puerta de la nevera.

Si algo tengo yo es que siempre intento hacer lo que mi padre me dice, de verdad. No es que crea que vaya a largarse y abandonarnos si nos convertimos en un problema, pero ¿para qué correr ese riesgo? Así que fui excelente en la primera clase. El señor Quinn dio

el tema de «gente a la que admiramos» en Sociales. Un niño grandote con el cuello lleno de pecas nombró a sir Alex Ferguson y enumeró todos los trofeos que el Manchester United había ganado bajo su dirección técnica. Un chico llamado Jake dijo que los jugadores eran más importantes que los entrenadores, y citó a Wayne Rooney por sus aptitudes individuales. El señor Quinn paseaba la mirada por el aula. Por expresarlo en términos pedagógicos, el fútbol no estaba llevándolo adonde quería llegar. Alcé la mano. Él le preguntó a una niña.

–No conozco a ningún futbolista, señor.

–No hace falta que sea un futbolista.

–Oh. Pues entonces no sé, señor.

Utilicé mi otra mano para levantar aún más la que tenía en alto.

–Damian, ¿a quién admiras tú?

Para entonces, casi todos estaban debatiendo la cuestión de jugadores contra entrenadores.

–A san Roque, señor –contesté.

Los demás dejaron de hablar.

–¿Dónde juega ese?

–En ningún sitio, señor. Es un santo.

Los otros volvieron al fútbol.

–Contrajo la peste y se ocultó en el bosque para no contagiar a nadie, y todos los días iba un perro a alimentarlo. Luego empezó a hacer curaciones milagrosas, y la gente acudía a verlo, cientos de personas, a su cabaña del bosque. A él le preocupaba tanto decirle a alguien lo que no debía que no dijo una sola palabra durante los diez últimos años de su vida.

–No nos vendrían mal unos cuantos como él en esta clase. Gracias, Damian.

–Es el santo patrono de la peste, el cólera y las dolencias de la piel. En vida realizó muchos milagros.

–Bueno, todos los días se aprende algo.

Él ya andaba en busca de alguien más que respondiera, pero yo estaba disfrutando con lo de ser excelente. Recordé a Catalina de Alejandría (siglo IV).

–Querían que se casara con un rey –dije–, pero ella dijo que estaba casada con Cristo. Así que trataron de aplastarla con una gran rueda de madera, pero esta se hizo añicos, y un millar de astillas gigantescas y afiladas salieron volando hacia la multitud y mataron y dejaron ciegas a muchas personas.

–Vaya, un poco dura la cosa. Conque daños colaterales, ¿eh? Bueno, gracias, Damian.

Para entonces todos habían abandonado el debate de jugadores contra entrenadores. Estaban escuchándome.

–Después le cortaron la cabeza. Eso sí que la mató, pero en lugar de sangre, lo que le salió a borbotones del cuello fue leche. Ese fue uno de sus milagros.

–Gracias, Damian.

–Es la patrona de las enfermeras, los fuegos artificiales, los fabricantes de ruedas y la ciudad de Dunstable, en Bedfordshire. La rueda catalina se llama así por ella. Es virgen y mártir. Hay otras grandes vírgenes y mártires. Por ejemplo, santa Sexburga de Ely, nacida en seiscientos setenta y muerta en el año setecientos.

Todos se echaron a reír. Todo el mundo se ríe al oír ese nombre. Es probable que también se rieran de él en la época de 670-700.

–Sexburga era la reina de Kent. Tenía cuatro hermanas, que se convirtieron todas en santas. Se llamaban...

Antes de que pudiera decir Ethelburga y Withburga, el señor Quinn me interrumpió.

–Damian, te he dicho que gracias.

En realidad, ya había dicho «gracias» tres veces. Si eso no te convierte en excelente, no sé qué logra que lo seas.

Además, fui una inspiración artística para los otros, pues casi todos los chicos se pusieron a hacer dibujos de los daños colaterales en la ejecución de santa Catalina. Hubo un montón de astillas voladoras letales y de leche que manaba de cuellos. Jake dibujó a Wayne Rooney, pero fue el único.

En el comedor, un niño con una bandeja de comida rápida se me acercó, agitó su hamburguesa ante mis narices y me dijo:

–Sexyburguer, sexyburguer.

Todos los de la mesa se rieron.

A mí eso me pareció muy poco ingenioso, y estaba a punto de decírselo cuando llegó Anthony y se sentó a mi lado. Todos se callaron.

Teníamos bocadillos de tomate y jamón y dos botes pequeños de Pringles.

–He sido excelente –dije–. ¿Y tú?

–Estás llamando la atención –me susurró Anthony–. Lo que tienes que hacer es no desentonar. La gente se ríe de ti.

–No me importa. Es bueno que lo persigan a uno. Todos se reían de José de Copertino hasta que aprendió a levitar.

El grandullón del cuello pecoso se acercó y se sentó. Su tripa dio contra el borde de la mesa, que se inclinó. Mi bote de Pringles rodó hacia él. Lo agarró y lo abrió.

–Es suyo –dijo Anthony señalándome.

–¿Y tú quién eres? –quiso saber Cuello Pecoso.

–Su hermano mayor.

–Serás mayor, pero no eres muy grande. Todas las Pringles me pertenecen. –Las migajas le caían como caspa de la boca–. Política escolar.

–No puedes quedarte con las suyas. No tiene madre.

–¿Cómo puede ser? Todo el mundo tiene madre. Incluso la gente que no tiene padre tiene una madre. Por cierto, estas patatas están muy buenas.

–Está muerta –explicó Anthony.

Cuello Pecoso dejó de masticar y me devolvió las Pringles. Dijo que se llamaba Barry.

–Encantado de conocerte, Barry –dijo Anthony, y le tendió una mano para que se la estrechara; creía en lo de hacer amigos–. ¿Dónde vives?

–Al cruzar el puente, cerca del súper que abre las veinticuatro horas.

–Vaya, esa es una zona solicitada. Una zona muy solicitada.

A mi hermano le interesa muchísimo el mercado inmobiliario.

De camino al patio, Anthony me dijo:

–Siempre funciona. Les dices que tu madre está muerta y te dan cosas.

Por la tarde, por algún motivo, decidí hacer de san Roque. Resistí la tentación de hablar durante toda la clase de Aritmética; no levanté la mano, ni siquiera respondí a una pregunta sobre las tablas de multiplicar. Cuando el señor Quinn quiso saber si estaba bien, tuve la tentación de contestarle, pero, en lugar de eso, me limité a asentir con la cabeza. No estaba contribuyendo a la clase, pero estaba siendo excelente de una forma distinta, menos obvia.

Continué de esa manera hasta llegar a casa. Papá nos había dejado instrucciones en la puerta de la nevera con un imán de la teleserie *Clangers.*

Queridos chicos:
Pastel de pollo y espárragos. El pastel está en el cajón
de arriba del congelador. Encended el horno a 190º.
Sentaos a ver «La cuenta atrás». Cuando acabe el programa,
el horno estará lo bastante caliente. Meted el pastel.
Quitaos el uniforme y dejadlo al pie de la cama.
Poneos el chándal. Luego meted unas patatas de asar
en el horno. Estaré en casa antes de que se hayan hecho.
P

Me encantaba que me llamase querido.

Cuando nuestro padre llegó a casa, nos comimos el pastel, seguido de cinco piezas de fruta y medio litro de agua cada uno para hidratar el hígado. Cuando ya lo tuvimos bien hidratado, hicimos los deberes y papá se sentó con nosotros. Yo seguía sin decir una palabra, pero entonces sonó el teléfono y contesté sin querer. No sé cómo logró san Roque aguantar diez años, aunque hay que admitir que lo tenía más fácil al vivir en una época anterior a los teléfonos. Sea como fuere, era el señor Quinn. Era nada menos que mi profesor, llamando nada menos que a mi casa. ¡A ver si eso no es excelente!

Más tarde, papá se sentó en el borde de mi cama y me dijo:

–Hoy estás un poco callado. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Negué con la cabeza.

–He sabido que en el colegio también has estado callado.

Asentí.

–¿Hay algo que quieras contarme?

Volví a negar con la cabeza.

–Vale. Bueno, es hora de dormir.

Cuando papá casi había cerrado la puerta, la tentación de hablar fue más fuerte que yo.

–¿Qué quería el señor Quinn? –pregunté.

–Hum... Ya sabes, en realidad solo quería charlar. Ha sido él quien me ha dicho lo callado que estabas.

–Me ha dado las gracias tres veces, de manera que debo de haber sido bastante excelente. ¿Te ha dicho que he sido excelente?

–Me ha dicho que... Sí, me ha dicho que has sido excelente –me revolvió el pelo–. Uno de mis clientes me ha hablado hoy de un sitio. Lo llaman el Palacio de la Nieve. Puedes tirarte por un tobogán o esquiar. ¿Te apetece?

Yo no estaba muy seguro.

–Por ser excelente. Como recompensa.

–Bueno, vale.

–Muy bien. Iremos mañana, derechos desde el colegio, porque eres excelente.

El Palacio de la Nieve es absolutamente soberbio. Dentro hay nieve de verdad, hecha de cristales de hielo que salen de un gran ventilador. Te dan un mono especial para que lo lleves mientras estás allí. Se supone que no puede haber dos personas en un mismo tobogán, pero Anthony le explicó al hombre que nuestra madre estaba muerta y él nos dejó hacer lo que quisiéramos. Primero nos tiramos dos veces los dos juntos; después, una vez boca abajo y tres más del revés.

Al día siguiente, en el colegio, todos querían saber cómo me había ido. Les expliqué cómo funcionaba el ventilador de hielo, y estaba demostrándoles cómo se tiraba uno de espaldas por el tobogán cuando choqué con el señor Quinn, que entraba por la puerta.

–¡Cuidado! ¡Cuidado! –exclamó cuando se le cayeron todos nuestros cuadernos de ejercicios.

Le ayudé a recogerlos. Vi el mío, en el que estaba lo de santa Ana. Llevaba una nota dentro, que el señor Quinn sacó y se metió en el bolsillo antes de devolvérmelo.

–¿A qué te has creído que estabas jugando, muchacho?

–Al Palacio de la Nieve, señor. Fui ayer. Estuvo genial.

De pronto pareció encantado.

–Bueno –dijo–, pues podrías escribir sobre eso para la redacción de hoy, ¿no te parece? Puedes hacer una descripción de lo que hiciste y de lo bien que te lo pasaste. Apuesto a que no hay ningún santo patrón de los palacios de nieve.

EL PALACIO DE LA NIEVE DE SPEKE

DAMIAN CUNNINGHAM, clase del señor Quinn

El Palacio de la Nieve de Speke es soberbio. Puedes patinar o tirarte por el tobogán. La patrona de los patinadores es Lidwina (virgen y mártir, 1380-1433), que resultó herida en un accidente de patinaje y se pasó el resto de su vida en la cama. Llevó su mortificación con entereza e hizo varios milagros; por ejemplo, no comer nada que no fueran hostias de la sagrada comunión durante siete años. Puedes averiguar más cosas sobre santos en www.totalmentesantos.com

La verdad es que siempre hay un santo patrono. Tal como me dijo en cierta ocasión santa Clara de Asís (1194-1253):

–Los santos son como la televisión. Están en todas partes, pero necesitas una antena.